

lejos aun para que pudiese ver brillar sus luces.

Se estremeció de frío y de disgusto al medir con la vista el espacio que se extendía ante él. Sin que supiera darse la razón de ello, sintió la vaga impresión de que dejaba tras de sí toda una vida y que se sumergía en un desconocido formidable.

Una campana, perdida á lo lejos, dió lentamente las nueve, allá, remotamente, en el espacio, como si sus ecos no hubieran de tocar nunca la tierra; luego volvió á reinar en la landa el silencio, un silencio solemne y tan profundo, que Marín percibió un instante después como una música ruidosa, el suspiro del viento al herir suavemente los matorrales.

Seguía el negruzco camino trazado en la landa por profundos surcos caprichosamente tortuosos, formado desde siglos atrás por los inciertos pasos del primer hombre ó del primer caballo que había pasado por allí.

Los hombres y las bestias habían seguido maquinalmente durante centenares de años el primer camino trazado sin cuidarse de rectificarlo para abreviar las distancias, y aun habían de pasar muchos años antes de que los zig-zags desaparecieran de entre las dos sábanas de matorrales, unas veces verdes y otras secos: el hombre se deja llevar por las cosas con más facilidad que las cosas por el hombre.

Marín se encontró de repente solo, horriblemente solo y triste. Pensó en sus compañeros de trabajo, que habrían llegado ya, á aquella hora, á las casas de sus parientes ó de sus amigos: se estarían calentando al amor de la lumbre cerca de una mesa bien provista y reflejando en sus ojos el júbilo consiguiente á haberse encontrado de nuevo entre los seres que les eran queridos, percibiendo en sus oídos la música de la voz de los seres amados, y con el corazón dilatado por el placer de haber sido esperados, deseados y tratados á cuerpo de rey.

Acelerando el paso, quiso evocar la imagen de Mónica al imprimir en ella sus labios en el cementerio al

calor del mes de julio, y no lo consiguió.

Quiso entonces verla como dijimos hace poco, pequeña y marchando ante él por el camino, y no lo consiguió tampoco.

Trató de representársela al siguiente día cuando él llegase y ella lanzara al verlo el grito de alegría que él se había imaginado muchas veces, y tampoco lo pudo conseguir.

En las largas horas de su viaje durante la noche glacial, lo mismo en la landa que en el vagón del tren, sus esfuerzos para evocar la imagen de Mónica resultaron inútiles: Mónica había desaparecido de su cerebro, y esto le produjo una impresión tan triste y tan desconsoladora como la del niño que se despierta huérfano.

XV

Huberto bajó la escalera lentamente con la penosa preocupación del hombre que, solicitado en opuestos sentidos, no sabe por qué decidirse.

Surgía en él un verdadero caso de conciencia, el primero de su vida, y de seguro uno de los más complicados que es dable imaginar.

Uno vigila por cuenta propia á aquellos de quienes desconfía, y nada es más natural para quien se halla así en estado de legítima defensa; pero vigilar por cuenta ajena no es cosa tan cómoda. Sin embargo, ¿y en el caso de que ese otro no pueda vigilar por sí, cuando ese otro es la persona más querida, la rectitud personificada y está impedido por enfermedad, no solamente de realizar nada en defensa propia, sino hasta del necesario deber de proteger su alma?

Huberto, se detuvo harto perplejo al pie de la escalera, y luego subió por esta de repente como una

flecha. Tenía su habitación allá arriba, no lejos de la de Mónica, y subió con objeto de ver á la joven y de decirle, mirándola frente á frente, que su conducta tenía intranquila á su señora; que ella debía procurar, cuando menos, la paz del espíritu á una señora tan buena, y que era una crueldad que con su irregular manera de ser causara tales cuidados á aquel pobre ser, timorato, generoso y entusiasta.

La idea era quimérica, caballeresca, absurda, pero Huberto tenía ideas y no ignoraba quién se las había hecho germinar en el cerebro.

Llegado á lo alto de la escalera, buscó y halló la habitación de Mónica.

Llamó á la puerta, pero inútilmente. La llave estaba puesta en la cerradura por la parte exterior, lo que evidenciaba que no podía estar la joven encerrada por dentro: en su vista, comenzó á bajar despacio: ordinariamente lo hacía por la escalera de servicio, pero aquella vez lo hizo por la escalera principal, con la esperanza de encontrarse con la criadita en la meseta ó en el vestíbulo.

Cuando se encontraba en el segundo piso, oyó la voz del señor Dunois debajo de donde él estaba, y se detuvo.

—No—decía aquel en voz bastante contenida,—de ningún modo antes de las diez. No puedo volver más temprano.

—¿Y si me duermo?—preguntó Mónica.

—Yo iré á despertarte; pero ¿por qué no me esperas en mi cuarto?

—¿Y si viniera Fermín? ¿qué diría al encontrarme en él?

—No habrá nadie en casa en cuanto den las ocho—dijo el señor Dunois.—Todos los criados se irán á ver á sus familias ó á sus amigos: demasiado sabes que hoy es la víspera de Reyes.

Si Huberto hubiera podido ver la nube que oscureció el semblante de la joven, hubiera tenido compasión

de ella, pero no la veía. Helado de espanto, se había quedado inmóvil temiendo comprender y comprendiendo demasiado bien.

—Hasta la noche—dijo Dunois, y luego se oyó el chasquido de un beso y que el banquero entraba en el cuarto de su mujer.

Dejó de oírse ruido en la escalera: Huberto se inclinó sobre el pasamano. ¿No podía haber comprendido mal, haber oído mal? Si la persona á la cual había oído hablar no hubiera sido Mónica...

Se asomó por encima del pasamano y miró.

Mónica en pie y con las manos envueltas en su delantal, por costumbre aldeana cuando hace frío, dirigía alternativamente una mirada sombría á la puerta de las habitaciones de la señora y del señor. Daba vueltas en su cabeza á un arduo problema que no había podido resolver, porque, después de algunos momentos de meditación entró muy despacio en el departamento de Hortensia.

Huberto bajó entonces, atolondrado como el hombre que ha recibido un golpe en la cabeza. ¡Mónica, Mónica y el señor Dunois! ¡El horrible vicio tomando asiento en el domicilio conyugal! ¡la criadita sencilla, apenas llegada y corrompida ya! Y él, el esposo infiel no contentándose con ir á buscar fuera la satisfacción de sus groseros apetitos, sino introduciendo la vida licenciosa hasta la cabecera del lecho de su mujer!

El pobre joven sentía lo que sienten los espíritus generosos y delicados la primera vez que las fealdades de la vida se presentan á ellos: se sentía aplinado por el golpe, sin saber á qué rama agarrarse, viendo remolinarse junto á él el fango hediondo del estercolero en que se arrojan constantemente las impurezas de la vida.

Se encontró en la calle sin saber cómo, entró en el escritorio, se sentó á su mesa y reanudó su trabajo diario sin saber lo que hacía. Alineaba maquinalmente las frases de las cartas que copiaba: su imaginación estaba

en otra parte, y se preguntaba qué era lo que le diría aquella tarde á su señora.

Declinó el día: los mecheros de gas cubiertos de sarga verde, reemplazaron á la incierta claridad de una tarde de invierno en las oficinas, y poco antes de la hora de suspender en ellas los trabajos, entró el señor Dunois.

Huberto se sintió contrariado hasta lo más profundo de su ser, pensando que aquel hombre tal vez se iba á acercár á él é iba á hablarle.

El banquero había ido á despachar: el jefe de los oficinas le dió cuenta y le puso á la firma algunos asuntos resueltos desde por la mañana. Fué llamado Huberto que se acercó con las cartas pedidas en la mano y el corazón tembloroso por un horror mal contenido. El señor Dunois echó una mirada á las cartas y se las devolvió sin mirarlo siquiera. Huberto era una de las ruedas de aquella máquina que llevaba á la casa diariamente una ola de oro: para el señor no era otra cosa... El joven pensó en su señora cuyo departamento caía precisamente encima, y que no estaba separado de él más que por el espesor del techo. ¡Pobre y querida señora! ¡Si supiera!... No; él no le diría, él no podía decirle...

Dunois se fué: cerráronse las oficinas y cada cual se fué adonde le llevaron sus inclinaciones ó el deseo. Huberto permaneció irresoluto en el umbral. ¿Qué hacer?

Pensó buscar á Mónica, asirla de un brazo y ponerla en la calle diciéndole:

—¡Vete desgraciada!

Pero luego pensó que aquello sería perfectamente inútil; que ella le opondría resistencia y que el escándalo de una lucha sería abrirle los ojos á Hortensia. ¿Qué hacer pues?

Evidentemente, tranquilizarla. Fuere lo que fuera lo que pudiera ocurrir al día siguiente, era preciso darle á aquella criatura angelical el reposo de una

noche al menos. Poco importaba que ella lo acusara de negligente: lo esencial era que no tuviera un disgusto pudiéndoselo evitar.

Completamente decidido á ello, subió á las habitaciones de la señora. La hora era ya relativamente avanzada: iban á dar las siete: golpeó con los nudillos en la puerta y oyó la querida voz de Hortensia diciendo:

—¡Adelante!

Huberto entró. Hortensia estaba sola bajo la luz atenuada de la lámpara por efecto de la pantalla. Algo más pálida que de costumbre, tenía un libro abierto en la mano, pero no leía.

A la vista del joven, su rostro dulce se iluminó con una sonrisa ¡cuánto debía recordar él más adelante aquella sonrisa y la mirada con que la acompañó!

—Vamos—le dijo cuando él se acercó,—¿tiene usted algo que decirme?

—He hecho cuanto he podido—repuso el joven con afectada alegría, que despertó en el acto un recelo en el ánimo inteligente de Hortensia.—He mirado y remirado; he buscado bien por todas partes, y creo que se ha engañado usted, señora.

—¡Engañado! ¡Oh! no. Mónica me oculta algo.

—No he querido decir—exclamó Huberto tratando de reparar su torpeza,—que Mónica no tenga disgustos. Eso se ve desde luego, puesto que no es la misma que antes; he querido decir únicamente, que no es aquí en la casa... lo he corrido todo... y...

Se embrollaba en sus frases y comprendía que estaba diciendo lo que no debía decir: la mirada perspicaz de su protectora estaba fija en él. Convencido de haber errado el camino y sobrecogido de angustia por no sé qué de desconocido y formidable, juntó las manos.

—Señora—la dijo mirándola con pasión,—créame usted: le aseguro que le digo la verdad; que no hay nada que pueda atormentarla ni inquietarla á usted: todo marcha bien: no he descubierto nada ni nadie

descubrirá más que yo; se lo aseguro á usted, se lo aseguro.

Hortensia lo miró hasta el fondo del alma y bajo aquella mirada, el joven sintió que se le apretaba la garganta y que tenía ganas de llorar.

—Lo creo á usted—le dijo ella bajando los ojos.

Estaba cierta de que había él descubierto el secreto de Mónica, y cierta también de que no se lo revelaría. Sentía crecer poco á poco el convencimiento mal definido, pero ya amenazador, de que aquel secreto le interesaba á ella, y que el joven preferiría la muerte á causarle el menor disgusto. De aquello á adivinar la verdad, no había más que un paso.

—Diga usted, mi querida señora ¿no es verdad que ya no se preocupará usted de eso?—exclamó Huberto empleando frases tiernas, cuya dulzura no había destilado hasta entonces;—¿que no volverá usted á pensar más en eso? Esa jovencita no merece que usted se preocupe por ella: déjela usted tranquila: no piense usted más que en sí misma. Todo el mundo la quiere á usted y la respeta ¿qué necesidad tiene usted de calentarse la cabeza en cosas sin importancia? ¿No pensará usted más en ello, no es verdad?

El la veneraba como una madre y le hablaba casi como un hijo.

Hortensia fijó en él su mirada pura.

—Es usted una naturaleza buena y hermosa—le dijo.—Tiene usted un corazón tan recto, que ni el afecto lo puede falsear. Me he equivocado, es decir, he hecho mal al pedirle á usted lo que le he pedido. Me produce usted más satisfacción, hijo mío, en este momento, que durante toda su vida.

El fijó en ella una mirada radiante, cuyo brillo apagaron sus lágrimas.

—Usted ha sido para mí un gran consuelo—siguió diciendo Hortensia,—en la existencia estéril é inútil que llevo, y me complace haber dirigido hacia el bien sus instintos y haber adivinado lo que usted puede lle-

gar á ser. Le doy á usted las gracias, hijo mío, por haberme producido esa satisfacción.

El se arrodilló junto á ella, demasiado lejos para tocarla, pero bastante cerca para estar al alcance de su mano, si ella extendía el brazo.

—¡Y usted me da las gracias! ¡Oh!

—Sí, se las doy á usted. Yo tengo pocas satisfacciones, y usted me ha dado una: levántese.

Huberto obedeció.

—Pronto se irá usted lejos—dijo Hortensia,—no sé si las circunstancias serán entonces las mismas que hoy... Acuérdesse usted, hijo mío, que en su nueva carrera, en el curso entero de su vida, le acompañará mi estimación.

—¿Son una bendición sus palabras?—preguntó Huberto con voz ahogada.

—Sí, son una bendición, efectivamente—dijo ella.—No volveremos á hablar nunca de esto: las impresiones pierden su valor con la repetición frecuente, y es preciso que usted conserve esta, muy fresca y muy fuerte, porque esta impresión le defenderá contra muchas asechanzas en la vida.

Huberto se quedó callado y en esa especie de recogimiento grave en que quedan los que toman en el templo el sacramento de la Eucaristía.

—Retírese usted, hijo mío, y váyase con mi confianza y con mi amistad.

El joven la saludó, y aun se volvió al irse para verla.

La habitación estaba envuelta en aquella media luz en que él la había visto tantas veces: el paisajito de Carot en su marco, parecía más gris y más dulce aun que de costumbre, y ella... ¡ella! ella le sonreía con su divina dulzura, y con las mejillas algo sonrosadas por efecto de la emoción y con los ojos algo más brillantes por algunas lágrimas tiernas y severamente contenidas, seguía mirándolo y moviendo suavemente la cabeza.

—¡Oh! ¡con cuánto gusto daría mi vida por ella! —dijo él al cerrar la puerta,—pero ella no lo sabrá nunca.

XVI

Hortensia tocó el timbre y mandó que le sirvieran la comida. Cuando su esposo estaba en el círculo se hacía servir en su habitación algo más temprano, con el fin de dejar antes libres á sus criados.

En el momento en que, servida por Mónica, acababa de comer, entró su esposo elegantemente vestido y guapo como siempre.

—¿Ya has concluído?—dijo.—En cambio, yo no he comenzado aún.

—Todos nuestros criados salen hoy—repuso la joven,—y he adelantado lo posible la comida para proporcionarles una hora más de libertad.

—¡Siempre buena!—exclamó el banquero con sonrisa afectuosa.

Conocía mejor que nadie las virtudes de su mujer y las apreciaba con tal de que no le obligasen á privarse en honor de ella del menor capricho suyo.

—¿Quién se queda en casa?—preguntó poniéndose los guantes.

—El conserje y su mujer: creo que han convidado á algunos amigos.

—Esos son para la cuestión de la casa, pero ¿y para ti?

—Mónica.

—¿Nada más?—preguntó haciendo una mueca desdenosa.

—Me basta. Además, tengo que hablar con ella: in-

dudablemente tiene algún cuidado que me oculta, y confío que teniendo con ella una hora de tranquila conversación, conseguiré hacer que confiese.

Dunois hizo un movimiento displicente. Mónica entraba en aquel instante con una taza de té puesta en una bandeja, y al entrar dejó abierta la puerta de la habitación.

—Buenas noches, querida mía—dijo el banquero,—es probable que vuelva tarde.

Sus ojos buscaron los de Mónica, pero esta con la cabeza baja, hasta evitaba volverse hacia él.

Dunois se marchó sin cerrar la puerta. Hortensia había dejado la taza vacía en la mesa que tenía cerca. Algo extraño pasaba en ella ó en torno suyo, algo que no adivinaba aún, pero que iba á adivinar.

—¿Va á colocarse la señora en su silla larga?—preguntó Mónica.

Hortensia estaba sentada en el sillón en que se instalaba para comer.

—No, todavía no—repuso.

Le pareció oír por la puerta que seguía abierta, algún ruido en la meseta de la escalera. De pronto se oyó la voz de su marido llamando:

—¡Mónica!

El acento era duro como si la hubiera querido reprender.

—¡Señor!—contestó ella.

En vez de precipitarse hacia el descanso de la escalera, se dirigió á él despacio, entornando, al salir, la puerta de la habitación.

Hortensia no oyó el eco de las voces que debían llegar hasta ella; pero su oído era muy fino y percibió que cuchicheaban. Por uno de esos prodigios de fuerza que se producen en los seres más débiles en los momentos de las grandes crisis, la joven se levantó sin ayuda de nadie, y fué hasta la puerta, que cedió lentamente bajo la presión de sus dedos.

A la brillante luz del gas y sobre el fondo rojo de